

# Las vestiduras blancas del Apocalipsis



YUSTINNE CÁRDENAS GARAY

Teóloga, Universidad Santo Tomás.  
yusaeiou@gmail.com

**A** lo largo del texto del Apocalipsis encontramos una mención reiterada de las vestiduras blancas, del emblanquecer, lavar (Ap 22,14), conservar (Ap 16,15) o hacerse a vestidos puros, deslumbrantes de blancura (Ap 19,8). ¿Qué quiere decir el autor del Apocalipsis con estas expresiones? ¿Qué quiere comunicar a sus interlocutores, a los bienaventurados que escuchen, y al dichoso que lea, ese libro? (Ap 1,3). Al juntar y cotejar los versículos donde las vestiduras aparecen, y considerando su significación en cada contexto, nos encontramos con varios aspectos comunes, lo cual buscaremos dejar patente en esta exposición.

Las realidades de la gracia de Dios y la correspondiente humildad del ser humano son aspectos centrales para comprender las vestiduras blancas. La espera, la *esperanza* cristiana, en profunda relación con la vigilancia evangélica, tiene también un fuerte vínculo con la

dinámica, tanto interior como exterior, del *guardar*. En la teología apocalíptica, por antonomasia, la fe solo es posible de cara a la prueba; la verdad, la fidelidad, los sufrimientos, la idolatría son motivos infaltables en el camino hacia el emblanquecimiento de los vestidos.

El mensaje de aquellos vestidos con las ropas blancas es, quizá, el más importante para nosotros: que somos también testigos del Cordero degollado y de pie, para que mantengamos como ellos este testimonio, con alabanza y súplica, con clamor de justicia por las vidas arrebatadas por “los habitantes de la tierra”, con júbilo por la fidelidad del Dios desbordado en amor, en misericordia, y que no deja impune a los altivos,

que miran con desprecio y se aprovechan del pobre, del pequeño, del anciano, de la viuda.

El premio que reciben quienes han sostenido el testimonio del Cordero y de su Padre es el derramamiento de la generosidad de Dios, una sobreabundancia de los términos de su alianza: *Se cumple el día final; será el reinado e imperio de Dios, y todos le verán tal cual es; la falsedad de los que no eran quedará expuesta, su desnudez los avergonzará; y a los que habían sido despreciados por la Verdad se les ensalzará con el Dios verdadero, cuando todo el universo entone la canción de su gloria.*

## LAS VESTIDURAS SON DADAS

### Gracia

Estas vestiduras son *dadas*. El verbo por el cual se denota su recibimiento es un pasivo, en contraposición directa con uno en voz activa, por el cual el sujeto sobre quien recae la acción es el agente de esta, el directo responsable, autor de ella. Sin embargo, este pasivo no explicita el agente que realiza la acción: no se nos dice quién o quiénes entregan los vestidos a los sujetos. Nos encontramos ante un “pasivo divino”. Valga mencionar brevemente que este recurso literario nace en el judaísmo como alternativa a la prohibición de pronunciar el nombre de Dios, viéndose continuada en el Nuevo Testamento, y siendo Mateo quien más la usa. Además, apuntemos, para nuestra reflexión, el uso de esta forma para los tiempos escatológicos en la literatura apocalíptica<sup>1</sup>. Entonces encontramos en el Apocalipsis: “El vencedor será así revestido de blancas vestiduras” (3,5); “entonces se le dio a cada uno un vestido blanco” (6,11); “y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura” (19,8)<sup>2</sup>.

En Ap 22,14 las vestiduras son asociadas con el árbol de la vida. Como ocurre con el vestirse, el disponer de este árbol es también una

*concesión*: es concedido, permitido, se da licencia, derecho, aprobación. Este árbol, desde el Génesis, aparece como lo único en qué diferenciar al hombre de su Creador (Gn 3,22-24), por lo que, cuando el hombre quiere ser como Dios (Gn 3,5-6), no puede permitírsele comer de aquel. A los que son revestidos de blancura se les da a comer, pues reconocen la única y total soberanía de Dios; el único señorío, el único imperio, la única potestad es solo de Dios y del Cordero: “Después oí en el cielo como un gran ruido de muchedumbre inmensa que decía: ¡Aleluya! La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios” (Ap 19,1). ¡A ellos puede dárseles a comer del árbol, pues no se perderá el reconocimiento entre creatura y Creador: esta multitud proclama y exalta la grandeza y reinado de nuestro Dios y su Cristo! (Ap 12,10; 14,7; 19,5).

### Humildad

Lo que proclama esta muchedumbre, simbolizada por Juan como “los ciento cuarenta y cuatro mil”, es el cántico nuevo; un cántico nuevo en contraste con el cántico imperante en el mundo que acabará, de bocas que profesan grandezas y blasfemias contra Dios, su nombre, su morada y los que habitan en el cielo (Ap 13,5ss.). La bestia y los que le sirven pretenden usurpar el poder que solo es de Dios, pretenden ser ellos los poderosos de la tierra, los señores del mundo, hacer su voluntad por encima de los designios del Señor todopoderoso. En la teología del Apocalipsis, una bestia conduce a la otra; es toda una maquinaria propagandística encaminada a mostrar al que ostenta poder como dios<sup>3</sup>. De nuevo, al final de la historia, como al principio, sigue queriéndose ser como Dios.

Por eso, el árbol de la vida está negado para los soberbios. Solo “los ciento cuarenta y cuatro mil”



pueden entonar el cántico nuevo: la alabanza de Dios nace de la humildad, no de la soberbia, apunta Spadafora sobre la humildad bíblica, que consiste en reconocer la propia nada, frente a la trascendencia divina<sup>4</sup>. Además, “la humildad es principio de sabiduría porque conserva al hombre en equilibrio<sup>5</sup>; es la condición para que la oración sea eficaz; para que lo sea la gracia; para alcanzar la salvación; es, en fin, preludio de la gloria”<sup>6</sup>. La humildad es un título de gloria ante Dios, aunque no sea así ante los hombres, porque es la posibilidad de que Dios obre en el ser humano, y manifiesta su santidad y fuerza por él<sup>7</sup>.

Parece que podemos intentar una pequeña fórmula: a la dádiva generosa de Dios, al don de su gracia, responde el ser humano con su humildad, con el reconocimiento de su obra en él, y en la creación entera. De ahí que solo la multitud de los humildes pueda aprender el cántico nuevo (Ap 14,3; 5,7-14; 15,2-4); y uno de ellos lo afirma hasta el final: el Apocalipsis termina, precisamente, apelando a la gracia (22,21).

### *Oikoumene*

Los que se visten de blanco provienen de “toda raza, lengua, pueblo y nación”<sup>8</sup>. No hay en el Apocalipsis discriminación o privilegios en razón de la procedencia geográfica, étnica ni de ningún otro tipo. Esta universalidad aplica para la distribución tanto de la victoria y el descanso (Ap 5,9; 7,9; 13,7; 14,6; 17,15; 21,3) como



del castigo y la ira de Dios (Ap 10,11), de acuerdo a las obras de cada cual. El alcance global del poder de la bestia no es sino parodia del alcance universal y universalizante de la salvación de Dios. Su salvación no puede menos que serlo, pues está en inscrita en la lógica de su amor: la misma línea de su dádiva gratuita, de los dones de su generosidad. ¿Cuál es la condición para ser alcanzado por esta salvación o, por el contrario, para hacerse al castigo? Es la conversión lo que determina la pertenencia a uno u otro señorío: el de Dios y su Cordero, o el de las bestias y el dragón.

Una adscripción que, si bien personal y libremente elegida por cada uno, sigue siendo originada y sostenida, y consumada, por el Rey de las naciones, cuyas obras son grandes y maravillosas:

Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios Todopoderoso; justos y verdaderos tus caminos, ¡oh Rey de las naciones! ¿Quién no temerá, Señor, y no glorificará tu nombre? Porque solo tú eres santo, y todas las naciones vendrán y se postrarán ante ti, porque han quedado de manifiesto tus justos designios” (Ap 15,3-4).

### FIDELIDAD

#### Verdad

¿A quiénes son dadas las vestiduras blancas? Del mensaje que se da a la iglesia de Sardes, se entiende que el declararse delante del Padre y sus ángeles, por parte “del que tiene los siete Espíritus de Dios”, es una directa correspondencia a la acción de quien ya se ha declarado por él ante sus semejantes (Ap 3,2-5). Ap 7,9ss

presenta la multitud de aquellos vestidos de ropas blancas, y la acción que realizan es la alabanza a Dios y al Cordero, inclinándose y postrándose, dando voces de bendición y aclamación. En otras palabras, dando testimonio favorable de Dios. Pero es en la apertura del quinto sello, de manos del Cordero, donde queda completamente explícito el ser de los que reciben los vestidos: son los degollados a causa de la palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron (Ap 6,9-11). En los tres apartes encontramos una relación entre los vestidos y el testimonio.

Testimoniar<sup>9</sup> es confesar lo que es verdad. El concepto bíblico de *verdad* es muy diferente de lo que actualmente –al menos en Occidente– entendemos. La verdad en el Antiguo Testamento es un atributo de Dios, y como el significado fundamental del término hebreo es “estabilidad”, con él se expresa la fidelidad divina a las promesas<sup>10</sup>. Valiéndonos de la exposición de Bauer, anotemos lo que se entiende por verdad según tres etapas:

A. *Antiguo Testamento*. El vocablo básico hebreo es *‘emet*, cuya semántica parte de lo concreto, no hay resquicios de especulación. Este vocablo tiene 132 apariciones y significa “ser o estar firme, invariable, seguro”. Su antónimo es *sequer*, que es “inconstancia, nulidad”. Por tanto, su significación fundamental es de estabilidad y seguridad: “solo es real y verdadero lo que tiene consistencia, lo que no, desaparece en el momento inmediato”<sup>11</sup>. Las asociaciones de *‘emet* con la alianza y la promesa son numerosas. Aquí es la actitud divina por la cual su bondad es firme; la traducción derivada entonces es *fidelidad*. La asociación de *‘emet* con la justicia o la santidad de Dios indica tanto fidelidad como constancia (el

constante obrar benévolo de Dios para con su pueblo). Cuando está referida a los hombres, *‘emet* significa “fidelidad en la obra y en el espíritu a la ley de Dios”. El desarrollo semántico continuará hasta la equiparación de *‘emet* con el sentido más estricto, no como atributo divino ni humano, sino como cualidad del discurso; esto es, una evolución hasta identificar el vocablo con la ley divina, la revelación y la voluntad de Dios<sup>12</sup>.

B. *Judaísmo posterior*. Conserva los matices de significación presentes en el Antiguo Testamento. Específicamente en lo religioso hay tres casos: Dios mismo es la verdad; su ley es la verdad; y los hombres que la practican son de la verdad, los fieles a la alianza. También es importante la expresión de la actitud de alejamiento de Dios como maldad, mentira, mientras la vinculación expresa verdad-obra:

“**Testimoniar es confesar lo que es verdad**”

se exige ejercitar la verdad con el prójimo, el no dejar entumecer las manos sirviendo a la ver-

dad; o la identificación de los hombres violentos como apóstatas de Dios. De allí también que se hable de la lucha entre la verdad y la maldad, bajo la cual está el mundo entero, y que tendrá fin con el juicio, donde triunfará definitivamente la verdad<sup>13</sup>.

C. *Nuevo Testamento*. Aunque se adopta el término griego *aletheia*, no se toma el concepto de verdad de los griegos, sino que se prolonga la semántica heredada de la tradición judía. Sobresale la relación verdad-obra: la predicación y su mensaje originan la vida cristiana, que se manifiesta en el obrar correspondiente a este ser.

En conclusión, tenemos que el concepto bíblico de *verdad* es fundamentalmente de estabilidad y firmeza, fidelidad y constancia. Los mártires presentados por el Apocalipsis son testigos,



no tanto de un discurso o abstracción, como de algo concreto, experimentado vitalmente: la verdad de Dios, Dios mismo. Estos testigos alaban a Dios por haber visto su fidelidad, su constancia, su firmeza, su verdad; ahora ellos corresponden con lo propio: las vestiduras son dadas a los fieles a Dios.

### Sufrimientos e idolatría

El Apocalipsis de Juan presenta al menos dos ejes transversales: la pregunta por quién tiene el poder, quién es el verdadero Señor del mundo; y la realidad de la opresión de los poderes enemigos que amenazan a los creyentes. Es este último eje del que nos ocuparemos.

Los fieles a Dios, según vislumbran ya alusiones como la del quinto sello, están en fuerte antagonismo con las fuerzas del mal, que se oponen a Dios al no aceptar su soberanía y querer, en vez, reinar ellas. Por oponerse a estas fuerzas, tienen que soportar grandes sufrimientos. Tales fuerzas podemos denominarlas, ciertamente, *idolátricas*.

Ya desde los inicios de la historia de Dios con su Pueblo, aparece la problemática de los ídolos (véase lo anotado ya sobre Gn 3,5). El sustantivo *ídolos* siempre aparece en plural –extraña y contadamente en singular–, y está inserto en el lenguaje de la sátira, la burla, y el menosprecio<sup>14</sup>. El término, y sus afines, se emplea en todos los pasajes con intención de rebajamiento, como término desacreditativo: “se niega con sarcasmo la entidad de los ídolos: son simple chapucería humana. Isaías, que llega en ocasiones a increpar a los ídolos, los llama diosecillos, enclenques, nada”<sup>15</sup>. El problema de los ídolos es que “no pueden prestar ayuda en la necesidad”<sup>16</sup>: su impotencia es evidente, su caída inminente. Son vanidad. Cuán grande es el contraste frente al poder y la grandeza de Dios. Por ello, la venida del Señor para juzgar

trae consigo el fin de los ídolos, su aniquilación: “el reconocimiento de su impotencia por parte de sus adoradores”<sup>17</sup>. Todos se darán cuenta de que no eran Dios. Oseas define a los ídolos, precisamente, como “no-Dios”.

¿Entonces, en qué radica la fascinación de los hombres por los ídolos? En que son obra de sus propias manos: el hombre adora el poder, la ilusión de dominio<sup>18</sup>. Los ídolos son expertos en *seducir* –o *engañar*, según la semiótica bíblica– a los hombres. He ahí los signos y portentos que obra la bestia y sus secuaces, con los que seducen a los habitantes de la tierra. Al fijarnos en la estructura del libro, encontramos esta misma confrontación entre las partes E y E’<sup>19</sup>. La peor desgracia de la idolatría no es para Dios, no le daña a él; lo peor es que no se trata de una idolatría “infantil”, sino de una mucho más solapada, menos identificable, más subyacente y por tanto más corrosiva: “... se llenó su tierra de ídolos, ante la obra de sus manos se inclinan” (Is 2,8).

Además, los desdichados adoradores de ídolos sufren una pena de insaciabilidad: “Y la humareda de su tormento se eleva por los siglos de los siglos; no hay reposo, ni de día ni de noche, para los que adoran a la bestia y a su imagen, ni para el que acepta la marca de su nombre” (Ap 14,11). Con cuánta facilidad podemos comprobar estas palabras en nuestra sociedad: cuando perseguimos aquel estereotipo de éxito, riqueza, perfección física e intelectual... cuando somos seducidos por la “promesa de vida” que se nos “presenta” –se nos *impone*, siendo introducida en cada espacio posible– y desgastamos la vida detrás de ese ideal, ficticio e inalcanzable, no tenemos reposo ni de noche ni de día. Solo en la empresa del amor, de la caridad, de la justicia y la verdad, solo en el seguimiento del Cordero, hay saciedad, descanso y vida, eterna.

## Esperar

Desde las primeras líneas del Apocalipsis aparece el trinomio tribulación-reino-paciencia. El mismo Juan es “hermano y compañero de la tribulación, del reino y de la paciencia, en Jesús” (1,9). Él, a su vez, espera, junto con sus hermanos, en el primogénito de entre los muertos –el príncipe de los reyes de la tierra–, el testigo fiel. En el Apocalipsis la fe solo es entendida como posible en medio de la adversidad, de circunstancias desfavorables<sup>20</sup>, tal cual veíamos en los sufrimientos de los testigos. Hay un motivo que, a propósito, se repite: “Aquí se requiere la paciencia y la fe de los santos” (Ap 13,10). ¿Paciencia para qué? ¿Qué es lo que se espera? El tercer componente del trinomio, el reino. Pero de él nos ocuparemos en el apartado final de este escrito.

Al ser *dados* los vestidos blancos (Ap 6,11), descubrimos que los receptores han de ser versados en la paciencia: se les dice que esperen “todavía un poco más”. Los testigos del Cordero saben esperar. ¿Qué hacían en el transcurrir de esa espera? Guardaban. “Aquí se requiere la paciencia de los santos, de los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Ap 14,12). El *guardar*, en la concepción bíblica, no se trata de esconder u ocultar bajo llave un objeto para que no sea descubierto o manipulado. Por el contrario, este guardar descubre, revela, muestra, enseña, proclama: aquello que he cogido, recogido, acopiado y *atesorado* en mi interior –como guardándolo– será aquello que pondré en acción. Es como, en un ejemplo coloquial, una caja registradora: lo que en ella se deposita, es lo que se puede

extraer; o como una caja de herramientas: lo que ella contiene, es de lo que me puedo valer al actuar. Lo que en el libro del Apocalipsis se pide que se guarde es la Palabra de Dios (1,3; 3,8; 14,12; 22,7.9), sus recomendaciones (3,10), sus mandamientos (12,17; 14,12), la fe en Jesús (14,12). La relación más patente está en el “guardar los mandamientos”: se *guarda* algo que es pura *acción*<sup>21</sup>. Este guardar es un atesorar y poner por obra.

En esta espera, aparece un aspecto que juzgamos fascinante: la franqueza con que se elimina cualquier ilusión de falsos triunfalismos. En esta hora, en la tierra reina la idolatría, y con gran poder<sup>22</sup>. El mismo Cordero ha sido traspasado por el pecado del mundo. Pero justo allí se abre la perspectiva victoriosa para todos los testigos fieles: Jesús, el mártir por antonomasia, ya ha vencido. Y es que en el Apocalipsis no hay optimismo: esperar en las fuerzas humanas es optimismo; mientras que esperar en las fuerzas de Jesucristo es *esperanza*. En el Apocalipsis hay *esperanza*<sup>23</sup>.

## PETICIÓN Y CLAMOR DE JUSTICIA Súplica de los testigos fieles

Los que reciben los vestidos siempre están entonando himnos de gloria a Dios. Solo una vez aparecen en una tónica distinta: “Se pusieron a gritar con fuerte voz: ‘¿Hasta cuándo, dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza, por nuestra sangre, de los habitantes de la tierra?’” (Ap 6,10). Ellos le piden a Dios y él no hace caso omiso de su clamor: responde. Les dice que esperen un poco más –lo cual no es negación– y, como se verá al abrir el sexto sello (Ap 6,12–7,17), Dios desata su justicia. Es el día de la “venganza” de Dios.





¿Qué hará Dios aquel día?: “Pasaré revista al orbe por su malicia y a los malvados por su culpa. Haré cesar la arrogancia de los insolentes, humillaré la soberbia de los desmandados” (Is 13,11). “Se humillará la altivez del hombre, y se abajará la altanería humana; será exaltado Yahveh solo, en aquel día, y los ídolos, completamente abatidos<sup>24</sup>”. Ese día es el “día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran” (Is 61,2). En el jubileo que manda el Señor, lo que pide en síntesis es: “Ninguno de vosotros perjudique a su prójimo. Y teme a tu Dios, porque yo soy Yahveh, vuestro Dios” (Lv 25,17). Aquel día, lo que se había obtenido injustamente quitándolo al pobre, por medio de deudas amañadas, retornará, pues se hará justicia perdonando esas deudas. El clamor de estos degollados es la esperanza apocalíptica<sup>25</sup> de raíz: la realización de la justicia de Dios, el día de su ira, donde liberará a los oprimidos de los opresores, y a estos últimos les pagará según la medida de sus iniquidades. La justicia de Dios es la consolación, no la venganza en el sentido que actualmente entendemos, de hacer mal al malhechor en igual o mayor medida al mal que este infligió primero (ver Ap 7,17; Is 61; Jl 2,11b; 1Co 1,8). Dios responde con consuelo. Porque su foco, lo que le importa, no es el odio sino el amor: su acción está por el amante, no por el odioso; su complacencia está en la vida, no en la muerte; su misericordia es abundante, y su cólera lenta (Ex 34,6). “Porque Dios no hizo la muerte ni se alegra con la destrucción de los vivientes. Él lo creó todo para que subsistiera: las criaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte ni el abismo reina sobre la tierra, porque la justicia es inmortal” (Sb 1,13-15).

Ellos, a pesar del ardor del deseo que expresan a Dios, se acogen a su Palabra, a esperar, porque saben que fuera de Dios no hay ningún poder, no hay salvación para el destino injusto de los hombres. Cuando no se trata de Dios, se trata de ídolos; y ya ha quedado en evidencia la desnudez de estos. Toda la esperanza está, entonces, en la Palabra de Dios. En ese desierto, en esas circunstancias tan adversas, su Palabra es la que alimenta a la comunidad perseguida por el dragón.

### Como degollado

La certeza del clamor de los testigos degollados está en la obra de su Señor: el Cordero degollado y de pie<sup>26</sup>. No solo de pie –vivo y operante, pero desvinculado de las víctimas–, ni solo degollado –vinculado a las víctimas, pero inoperante, sin poder para actuar–. Ha enfrentado a la muerte en toda su altura, anchura y profundidad; ha encarado el pecado de la humanidad en toda su vastedad e intensidad: y ha vencido. Ha resucitado, siendo el primero, abriendo el camino para los que detrás de él venzan también, en su sangre. Al resucitar al traspasado, Dios ha confirmado lo que él predicaba de sí; es el respaldo al Evangelio de los humildes, del Dios Padre. La garantía de realización del justo juicio está en el carácter de compañero de este Juez: es el Emmanuel (Ap 21,3), en su *shekinah* (ver Ex 24,15-18; 25,8; 40,34-38; Jn 1,14), en su caminar en medio de las siete iglesias (Ap 1,12-13). En medio de esa *ekklesia* (comunidad) sufriente, está él, “como degollado” (Ap 5,6.9.12; 13,8). Él fue degollado: tiene la misma condición de aquellos en cuyo gemido de justicia reparábam.

Por el mismo Cordero, no se trata ya solo de una Iglesia sufriente, sino de una Iglesia

“La justicia de Dios es la consolación”

sufriente-orante-triunfante. El Cordero tiene la plenitud del poder y del conocimiento (Ap 5,6); con tal garantía, brotan los himnos jubilosos que entonan los asesinados por el testimonio del Cordero y de su Padre: ellos saben que la historia, finalmente, será leída por los ojos del Cordero, que solo en él esta tiene su realización y consumación; por eso su esperanza es infalible.

Ser martirizado por fidelidad al Cordero es comprensible desde la óptica bíblica, para la cual la mera existencia no es *vida*. Vida siempre es “algo más que la desnuda existencia”. Más amplio que el concepto filosófico o médico, y más pleno también que la vida en el lenguaje corriente, el concepto bíblico de vida es grávido, o sea, fecundo, pleno cuantitativa y cualitativamente<sup>27</sup>. La importancia de la *vida* es tal que, del mismo Dios se repite que es “el Dios viviente”<sup>28</sup>; aún más, Dios mismo es la vida (Dt 30,20). En la concepción unitaria hebrea del ser humano, la vida es prometida como galardón. La muerte es considerada para los injustos: el pecador es “borrado del libro de la vida” (ver Ex 32,22; Sal 69,29a).

La comprensión irá desarrollándose hasta llegar claramente a la fe en la resurrección, frente a la aporía de la muerte de los justos. Sin embargo, “el concepto de vida veterotestamentario permanece desde el comienzo abierto al cumplimiento o consumación, sobre todo porque la vida en el Antiguo Testamento ha de estimarse como *un bien de salud mesiánico*”<sup>29</sup>. En el Nuevo Testamento, se termina de esclarecer que la verdadera vida no está limitada a este mundo, en razón a la revelación de Cristo. En parangón con el Antiguo Testamento, en el Nuevo, Cristo mismo es nuestra vida (ver

Ga 2,20; Flp 1,21; Col 3,4), y su resurrección anuncia la llegada de ese bien mesiánico, de una vida que ya no acaba: la vida eterna. Y aunque se espera con gran anhelo el dejar “nuestra morada terrestre” (2Co 5,1) para ser librados de las penas del mundo sometido al pecado, “para el cristiano la vida eterna es ya presente”<sup>30</sup>, precisamente por la misma resurrección del Señor, quien sigue caminando con su Iglesia.

Los mártires, que entregan su vida esperando en el Cordero y en su Padre, al preguntarles por qué lo hacen, quizá nos dirían:

“Vida siempre es algo más que la desnuda existencia”

La vida es emanación de Dios (Jn 3,16) y nosotros hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos (1Jn 3,14) hasta estar dispuestos a dar la vida por ellos (Jn 15,13). La última consecuencia del seguimiento de Cristo significa la entrega de esta vida para ganar la eterna (Jn 12,25; Mt 16,25).<sup>31</sup>

### Teología de la historia

La historia no puede terminar felizmente sino en su realización de manos del Cordero. ¿De dónde tanta seguridad para afirmar algo así? Bastaría con decir, en clave creyente, que de la fe en Dios: “si él lo ha dicho, será así”. Pero añadamos también, para no dejar sin interlocución a quien pueda no participar de esta clave, que se trata de una mera constatación de campo, al estilo cientificista-positivista actual: lo que han hecho/hacen los hombres, desde los comienzos de su trasegar en el mundo, ha sido guerra, muerte; es suficiente una hojeada a la historia universal. Luchas entre naciones, conquistas, asaltos, sometimientos, beligerancia. En solo nuestro país, penosamente, lo constatamos: españoles matando indígenas, luego criollos matando españoles, y después –¿y por





cuánto tiempo más?!- los nacidos y crecidos del mismo suelo matándose entre sí<sup>32</sup>.

Por ello, solo el Cordero es el verdadero Señor del mundo y de la historia: solo él puede desatar sus sellos y conducirla a su realización. Quizá, tan elocuente como el Apocalipsis de Juan, sobre la iniquidad del hombre, solo el libro de la Sabiduría –del cual algo ya enunciábamos–: “Oprimamos al pobre que es justo, no tengamos compasión de la viuda ni respetemos las canas llenas de años del anciano. Que nuestra fuerza sea norma de la justicia, porque la debilidad se demuestra inútil” (Sb 2,10-11).

El hombre es ciertamente un ser racional; mas no es este el criterio que determina su actuar. Obra según el dictamen de sus pasiones: de ahí que haya tanta guerra, tanta desigualdad, tanta indiferencia, tanto egoísmo, mentira, etc. Todo esto lo entienden los que guardan fidelidad a Dios, y por eso esperan confiadamente el despliegue de su brazo, el momento de su actuar soberano; saben que ¡tantas veces el modo y tiempo que los hombres creemos el mejor puede no serlo!, que solo el Señor, creador, provisor y vencedor, conoce lo perfecto.

Y, por si acaso, a grandes voces se proclama por qué la historia solo pueden culminarla Dios y el Cordero: (1) es el Creador del universo, y (2) lo que no era, por él viene a ser. Sucede igual con la historia: (1) es Dios el autor de la historia, quien la originó, quien la creó; y (2) lo que parece no poder ser, por él viene a ser. La historia humana puede cambiar, ser redimida, ser superadas sus injusticias: porque el futuro no está contenido en el presente. Más aún tratándose del futuro de Dios, de su Palabra, de sus promesas, cuyo “futuro no nace de las posibilidades de la historia humana ni del poder o dinamismo meramente humano, sino del poder creador divino, del poder de su Palabra que saca de la nada posibilidades siempre

nuevas, nace del *novum* que conlleva la promesa”. La promesa de Dios es génesis de la esperanza<sup>33</sup> de los ciento cuarenta y cuatro mil.

## DISFRUTE DE LAS PRIMICIAS

### Dios y el Cordero reciben las primicias de los hombres

Al mismo tiempo que los testigos fieles son premiados con el acceso a las primicias de la ciudad celestial, Dios recibe las primicias de los hombres, los primeros de entre los salvados, de entre los blanqueados con la sangre del Cordero degollado y de pie. Al estipularse desde el Génesis el ofrecimiento de las primicias, gesto de reconocer a Dios su don, retornándole de las mismas criaturas manadas de él, es profundamente expresivo el que ahora se trate de primicias de hombres; de la criatura más alta de cuántas maravillosas creó Dios<sup>34</sup>.

Como la entrega de Dios a la humanidad es lo que la sacraliza, la entrega del hombre a Dios es lo que sacraliza el altar (Ap 6,9); es el puro darse lo que encarece eso que el hombre prepara para su Dios. Los que encarecen el altar son los asesinados por dar testimonio del Cordero y de su Padre: la entrega absoluta. Los que han dado su vida por amor de Dios, por la fidelidad a él, se constituyen en primicias para él, en ofrendas, en sacrificio: “se entrega la vida para ser transformada y compartida”<sup>35</sup>. Ellos han permitido que sus vestiduras, impuras como las de todo hombre, sean transformadas por el Cordero, el único capaz de emblanquecer, de acabar con la impureza, con el pecado del mundo (Jn 1,26.39).

Parece que tenemos una ley de reciprocidad, que se cumple una vez más en la glorificación del único Dios: esta conlleva la glorificación de los que pusieron en él su confianza. Glorificación que era su esperanza, y que, ahora, tiene cumplimiento. No puede ser de otra manera,

pues la unión de los mártires con Cristo es tal, que se hacen una sola carne, como lo hacen la mujer y el varón en el designio divino (Gn 2,24). Aquel cuyo nombre es “Palabra de Dios” tiene también su propio vestido, de características únicas: “viste un manto empapado en sangre” (Ap 19,13a). En teología joánica: es Cristo, Palabra, Luz verdadera de los hombres, que se hace carne y mora entre nosotros (Jn 1,1-18). A propósito del vestido de Cristo, la tradición patristica trata de este en el pasaje de Gn 49,11<sup>36</sup>. El vestido, *stole* en griego, serían los creyentes o los gentiles, en cuanto llamados a formar parte del pueblo de Cristo<sup>37</sup>. El vestido de Cristo está empapado en sangre, pues, además de su propia sangre por el sacrificio propio de aquellos, porque son quienes lo integran. Ellos, los que han sido degollados, asesinados, perseguidos, escarnecidos por el dominio de este mundo y sus secuaces, han derramado su vida que, bíblicamente, reside en la sangre. Es una ocasión más en que opera la ley de reciprocidad en la entrega: los mártires componen el vestido de Cristo, y Cristo los reviste de la blancura alcanzable solo por su sangre. Estos testigos fieles a Dios se constituyen como primicias de los hilos, de la tela, del lino, con que se reviste Cristo en el día final.

### Vestiduras blancas

Blanco, en hebreo *laban*, se dice de variadas cosas: leche, dientes, caballos, nieve, simiente de cilantro, maná, ramas descortezadas, manchas en la piel de un leproso, vestidos de fiesta<sup>38</sup>. Es el color principal de cuántos se mencionan en la Biblia, y con él se simbolizan la alegría<sup>39</sup>, la inocencia<sup>40</sup>, y la gloria celestial<sup>41</sup>. En el lenguaje profético-escatológico, el color blanco de cabello nunca remite a la ancianidad, sino a la divinidad, a la eternidad. En los escritos apócrifos figura como “signo de la transfiguración

celestial de los justos (ApBar [sir] 51,5.12; Hen [et] 62,15s; ApAbr 13,15)”<sup>42</sup>. Es en el Apocalipsis de Juan donde más se explota la semántica del blanco: el término griego *leukos* es señal de pureza celestial, gloria y victoria<sup>43</sup>; el color del glorioso Vencedor, que destruye a sus enemigos devastando la impureza de la tierra, por la fuerza purificadora de su sangre<sup>44</sup>.

Por su parte, los vestidos en la Biblia tienen su origen en el sentido de pudor, despertado por el pecado (Gn 3,10). Se entiende la desnudez como deshonor; siendo considerados también desnudos aquellos de vestimentas insuficientes, malas<sup>45</sup>. La vestimenta bíblica era, esencialmente, muy cercana a la de los actuales beduinos. En cuanto a los vestidos de fiesta, la única diferencia probablemente era el hecho de ser de mejor tela (Gn 27,15; Mt 22,11ss.; Lc 15,21). El color era preferentemente blanco (Qo 9,8; Ap 3,4; Mc 9,3)<sup>46</sup>. La vestimenta de lino era, por antonomasia, la sacerdotal. Para cumplir sus funciones, los sacerdotes debían cubrir su desnudez con un vestido talar largo, de lino blanco. La especificación sobre el lino es clara, frente a la prohibición del uso de lana (Ez 44,17). En los pueblos vecinos como Egipto y Babilonia también se usaba lino, y no lana, para la ornamentación sacerdotal. En el Nuevo Testamento, *stole* es la vestidura o túnica talar<sup>47</sup>. Que el único color adecuado para la vestidura de los sacerdotes sea fundamentalmente el blanco, es un hecho que hunde sus raíces en la apocalíptica cultural judía, donde el color de la pureza es el blanco<sup>48</sup>.

Para redondear esta reflexión, anotemos un par de aspectos antropológicos. El modo de vestir de una persona no es algo indiferente. Así, pues, determinada ocasión, actividad o situación connota un vestido propio. “Es una ley cultural, que tiene su fuerza pedagógica, el llevar especiales vestidos para especiales



ocasiones”<sup>49</sup>: una novia acude a su boda vestida como tal, y no “de calle”. El vestido quiere, de alguna manera, expresar que lo que allí ocurre no es algo ordinario, sino una celebración especial. Un cierto vestido denota la característica de una cierta realidad. Los vestidos se constituyen en un distintivo propio del oficio que se desempeña. Distintivo que, en el caso de las vestiduras blancas del Apocalipsis, *distingue sin separar*: toda la comunidad cristiana que celebra la eucaristía es “pueblo sacerdotal”, con una dignidad radicalmente igual que le viene del bautismo. Todos son hermanos en la casa de Dios. Estos vestidos no son signos de poder o de superioridad”<sup>50</sup>.

La vestidura, además, puede expresar un carácter celebrativo y denotar el carácter distinto de la actividad celebrativa, “el tono de fiesta de la celebración misma”<sup>51</sup>. Es un hecho que, cuanto más festivo, más significativo es también el vestido que nos ponemos. Y no olvidemos también su carácter pedagógico: se trata de un lenguaje expresivo y simbólico que les es propio; las vestiduras son signo. Signo, en función de entenderse el misterio que celebramos, pues lo que está sucediendo, relatado en el Apocalipsis, no es otro acontecer cualquiera; es la llegada explícita y terminante del reinado de Dios. Los vestidos, como signos exteriores diversos a los ordinarios, indican un “salto” que existe entre otras acciones y esta<sup>52</sup>; demuestran “ruptura” con la vida normal. Por último, advirtamos cómo los vestidos son aquello con lo que me presento ante los demás; y cómo soy yo quien escoge los vestidos que enseñaré. Las vestiduras

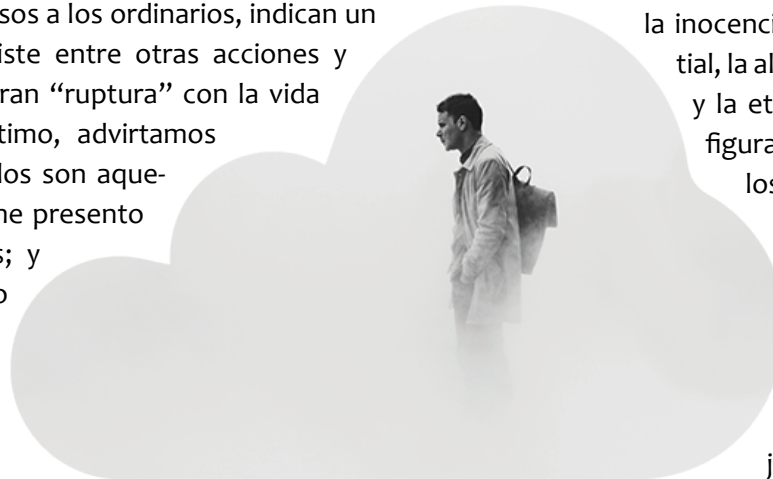
blancas, ciertamente son concedidas gratuitamente, sin protagonismo de quienes las reciben. E igual de cierto es que no son dispensadas sin la concurrencia de los destinatarios, sin su expreso querer.

Muy probablemente sin adorno alguno, ni siquiera de color –de ahí lo blancas–, las vestiduras quieren expresar la más pura simplicidad, en la línea de la humildad de los mártires, que veíamos antes. Estos, unidos a Cristo en fidelidad hasta la muerte, se reconocen no-dueños, antes bien, frutos de la gracia de Cristo y de su misericordia. Son revestidos de sencillez, la vestidura apropiada para el misterio celebrado: la presencia del Señor en medio de los suyos. No se trata de una ocasión especial; es el día más glorioso de todos: resplandece ante todos los pueblos, razas, lenguas y naciones la Palabra de Dios. El carácter festivo de ese día escatológico se indica en nuestra clave bíblica: de blanco se engalanaba Israel para las fiestas; de lino *deslumbrante de blancura* se engalana el Pueblo redimido de Dios y del Cordero (Ap 19,8).

Los que han dado su vida por el testimonio de Dios no tienen miedo de que quede descubierta su desnudez: Dios los ha revestido. Todo el tesoro contenido en el *laban* y el *leukos* bíblicos

cubre los cuerpos de los mártires:

la inocencia, la gloria celestial, la alegría; la divinidad y la eternidad; la transfiguración celeste de los justos; la pureza, la victoria; la destrucción de los enemigos del fiel y veraz, del que juzga y combate con justicia (Ap 19,11);



la liberación de la impureza de la tierra, de la idolatría. Están vestidos de lino puro (Ap 15,6; 19,14), propio del oficio que desempeñan: “... y ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre, a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén” (Ap 1,6)<sup>53</sup>. La esposa del Cordero está vestida de lino fino, limpio y refulgente<sup>54</sup>. Como ella están vestidos los testigos fieles que, al ser invitados al banquete de bodas, pueden entrar, pues tienen las ropas adecuadas. Es lógico que, a la luz de las consideraciones antropológicas y teológicas de las vestiduras blancas, no puedan entrar a la fiesta quienes no estén revestidos (Mt 22,1-14) de las acciones justas de los santos (Ap 19,8).

Una palabra para la Iglesia peregrina: todos los fieles pueden revestirse con especial intención para la celebración del Día del Señor. Se puede decir que un tanto más ocurre con el ministro, a quien “el vestido especial le recuerda que no actúa como persona privada, sino como ministro de Cristo y de la Iglesia, le recuerda también que él no es “dueño de la eucaristía”, ni de la Palabra. Está realizando, en nombre de Cristo y de la Iglesia, una acción que le sobrepasa totalmente; está sirviendo a un misterio de comunión entre Dios y su Pueblo”<sup>55</sup>.

### Bienaventurados

Los que han seguido al Cordero “a dondequiera que vaya” (Ap 14,4), al estar él en la nueva Jerusalén, entrarán también por las puertas de la ciudad. En una palabra: en ellos se cumplen las promesas. Aun lo que Dios no estaba “en obligación” de conceder, se lo concede: “No vaya a ser que extienda la mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre” (Gn 3,22b). Tanto la entrada a la ciudad santa, como el disponer del árbol, tienen realización en los testigos fieles: “Dichosos los que laven sus vestiduras, así podrán disponer del árbol

de la vida y entrarán por las puertas en la ciudad” (Ap 22,14). En los premios a los testigos fieles son llevadas a cumplimiento todas las bienaventuranzas, tanto veterotestamentarias como neotestamentarias, pasando por las del sermón de la montaña, las promesas a las siete iglesias, y llegando a la promesa de Ap 21,7, que es condensación y culmen de todas: “Esta será la herencia del vencedor: *yo seré Dios para él, y él será hijo para mí*” (cursivas mías).

Son vencedores porque han superado obstáculos hasta llegar a tener una fe acrisolada. Son hechos partícipes de toda la abundancia de Dios porque lo siguen *sinceramente*. El crisol es, justamente, el que no sigan al Señor por interés –porque me trae beneficios– o por miedo al sufrir padecimientos –para que me vaya bien, ahora y/o en el día del juicio–: tal fidelidad, de hecho, ha acarreado perjuicios y padecimientos que no acarrearán los que no testimonian la verdad<sup>56</sup>. Por eso, está claro que no son estos motivos lo que disponen al martirio, a la fe, sino que en el día y en la noche, en la paz y en la tormenta, en la riqueza y en la pobreza, en el pecado y en la gracia, se está unido al Cordero, quien nos ganó para sí con su sangre (Ap 5,9).

De la unión tan fuerte con el Cordero, de ese vínculo que liga desde la intimidad de uno y otro, se desprende la boda. La unión de los creyentes con Dios es tal, que la imagen mejor para expresarla es la unión del varón y la mujer, quienes, amándose, se dan entre sí para siempre:

Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha engalanado y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blanca –el lino son las buenas acciones de los santos–. Luego me dice: Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero. Me dijo, además: “Estas son palabras verdaderas de Dios”. (Ap 19,7-9)



En esta boda, aparece un banquete que, en el marco de la comprensión heredada del Antiguo Testamento, tiene un riquísimo significado<sup>57</sup>.

Y digamos solo una palabra sobre el libro de la vida que aparece dentro de los macarismos y premios: es la lista en que se consideran inscritos todos los vivos. Con la evolución del pensamiento bíblico, allí siguen inscritos los justos, aunque hayan padecido la muerte física; hasta que, finalmente, se comprende que quien está inscrito se halla destinado a la vida, no solamente en sentido físico, sino sobre todo en sentido espiritual, es decir, a participar de la amistad divina y de la gloria del reino mesiánico. El libro de la vida es diferente de otros libros que aparecen en la Biblia, en los cuales está inscrito lo bueno y lo malo<sup>58</sup>.

## CONCLUSIONES

Las vestiduras blancas del Apocalipsis son, ante todo, *concedidas* por el Cordero y su Padre. Los que así son *revestidos*, son los que han *guardado* –atesorado y puesto por obra– el testimonio de Dios. Ellos confiesan la *verdad*, es decir, entregan su vida por fidelidad a Cristo, en mimesis a la entrega que él primero ha hecho por ellos. En su sangre ha sido posible blanquear las vestiduras. Frente a la interpretación patrística de Gn 49,11, donde también está el vestido y el lavar, se nos interpela: ¿Somos vestidos para Cristo, integramos su vestido? Y junto a la propuesta del Apocalipsis, que se dirigiese a un contexto social concreto, nos preguntamos: ¿Hoy, en la sociedad actual, podemos revestirnos de blanco? ¿Cómo dar, o cómo damos, testimonio de fidelidad a Dios? Considerando aquello, vuelve la memoria de los dichosos que han iluminado esta tierra

con su testimonio de la *verdad*. Contemplando la luz de Cristo en sus vidas, se posan en la boca himnos de alabanza a Dios: “¡Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopoderoso! ¡Justos y verdaderos son tus caminos, rey de las naciones!<sup>59</sup>”

“**Vestiduras blancas, el testimonio mismo por el cual los mártires han obtenido estas ropas**”

En definitiva, lo que Juan nos plantea con las vestiduras blancas es el testimonio mismo por el cual los mártires han obtenido estas ropas: el único que realmente vence es el Cordero, degollado y de pie, con su sangre:

Y entonaban un cántico nuevo, que decía: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste inmolado. Con tu sangre redimiste para Dios gente de toda raza, lengua, pueblo y nación, y para nuestro Dios los hiciste reyes y sacerdotes, y reinarán sobre la tierra. (Ap 5,9-10)

## NOTAS

<sup>1</sup> Véase la explicación precisa que nos ofrece Sanz: “Forma oral de expresión que aparece muchas veces en boca de Jesús: 23 veces en la *Quelle*, 27 veces en Mateo solo y 25 veces en Lucas solo. Esta forma se utiliza en la literatura apocalíptica para los tiempos escatológicos, pero Jesús la aplica para los tiempos presentes” (“Criterios de autenticidad histórica”).

<sup>2</sup> Tomamos como texto principal el de la *Biblia de Jerusalén: nueva edición revisada y aumentada*. Cuando se tomen otras traducciones haremos la mención.

<sup>3</sup> Gaitán Briceño y Jaillier Castrillón, “Apocalipsis: fe y resistencia”, 126-129.

<sup>4</sup> Spadafora, *Diccionario bíblico*, 270.

<sup>5</sup> Además, considérese la sabiduría que hay en la autonomía de los que sirven a Dios, frente a la heteronomía de los siervos de la bestia. Los últimos siguen una ley que está fuera de ellos, externa y de otro, haciendo lo que manda el poderoso de momento e imitando lo que todos hacen (ver Ap 14,3; 5,7-14; 15,2-4). Los primeros siguen una ley que no es externa a ellos, sino que han incorporado a su corazón (ver Jr 31,31ss.); una ley así conlleva, generalmente, la persecución y/o los señalamientos de la mayoría heterónoma.

<sup>6</sup> *Ibíd.* De manera correspondiente, según el orden enunciado: sabiduría (Pr 11,2); oración (Jdt 9,16; Sal 102,18; Si 25,21); gracia (St 4,6; 1Pe 5,5); salvación (Mt 18,4; 23,12); gloria (Pr 15,33; 29,33).

<sup>7</sup> Spadafora, *Diccionario bíblico*, 269.

<sup>8</sup> Ap 7,9 (*Santa Biblia. Reina-Valera contemporánea*).

<sup>9</sup> En su acepción de “prueba, justificación y comprobación de la certeza o verdad de algo” (Real Academia Española, “testimonio”).

<sup>10</sup> Spadafora, *Diccionario bíblico*, 595.

<sup>11</sup> Bauer, *Diccionario de teología bíblica*, 1040.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, 1042

<sup>13</sup> *Ibíd.*, 1043-1044.

<sup>14</sup> Botterweck y Ringgren. *Diccionario teológico del Antiguo Testamento*, 302-303.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, 303-304.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, 304.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, 304.

<sup>18</sup> Galeano, *Visión cristiana de la historia: ensayo de escatología*, 69-70.

<sup>19</sup> Pikaza, “Apocalíptica judía y cristiana. Prehistoria y símbolos básicos del Apocalipsis”, 101-102.

<sup>20</sup> Contreras Molina, Francisco. *La nueva Jerusalén: esperanza de la Iglesia: Ap 21,1-22,5*. “Preludio”, “Introducción y “El nuevo mundo”, 92.

<sup>21</sup> Los mandamientos son por excelencia el *que-hacer* frente al otro.

<sup>22</sup> ¡Tanto más fascinante cuanto que la teología del libro está henchida de esperanza!

<sup>23</sup> Galeano, *Visión cristiana de la historia*, 172-175.

<sup>24</sup> Véase toda la elocuencia del apartado, desde el v. 11.

<sup>25</sup> Pikaza, “Apocalíptica judía y cristiana”, 11.

<sup>26</sup> Gaitán Briceño y Jaillier Castrillón, “Apocalipsis”, 130.

<sup>27</sup> Bauer, *Diccionario de teología bíblica*, 1048.

<sup>28</sup> *Ibíd.* También es designado Dios como “el que vive eternamente”, “el inmortal”, “el que tiene la vida en sí mismo”, entre otras formulaciones.

<sup>29</sup> Bauer, *Diccionario de teología bíblica*, 1049-1050.

<sup>30</sup> *Ibíd.*, 1052.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, 1053.

<sup>32</sup> Apuntes de clase de Escatología, con el profesor Adolfo Galeano.

<sup>33</sup> Galeano, *Visión cristiana de la historia*, 139-148.

<sup>34</sup> Sal 8. Bien no sea la creatura más justa de Dios –no cumple con su misión, como sí las demás–, Dios no desiste en su bendición (ver Rm 11,29).

<sup>35</sup> Hahn, *La cena del Cordero: la misa, el cielo en la tierra*, 47-48.

<sup>36</sup> “Con tu pollino atado a una vid, con tu boricón atado a una cepa, lavarás tus vestidos en vino, y en la sangre de las uvas tu manto” (Gn 49,8-11) (*Santa Biblia. Reina-Valera contemporánea*).



poránea). Es el pasaje de la bendición de Judá, donde se ve una profecía cristológica (Gn 49,8-12). Para nuestra empresa, la interpretación eclesiológica del vestido es la que podemos traer a colación.

<sup>37</sup> Granada Bellido, “Simbolismo del vestido: interpretación patrística de Gen 49,11”, 356.

<sup>38</sup> Haag, De Ausejo y Van den Born, *Diccionario de la Biblia*, 344-345.

<sup>39</sup> “Viste ropas blancas en toda sazón, y no falte perfume en tu cabeza” (Qo 9,8).

<sup>40</sup> “El Señor dice: ‘Vengan ahora, y pongamos las cosas en claro. Si sus pecados son como la grana, se pondrán blancos como la nieve. Si son rojos como el carmesí, se pondrán blancos como la lana’” (Is 1,18) (*Santa Biblia. Reina-Valera contemporánea*).

<sup>41</sup> “Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz” (Mt 17,2); “Y entrando en el sepulcro vieron a un joven sentado en el lado derecho, vestido con una túnica blanca, y se asustaron” (Mc 16,5).

<sup>42</sup> Balz y Schneider (eds.), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento II*, 52.

<sup>43</sup> Así también en los relatos de la transfiguración y de aparición de ángeles en los sinópticos.

<sup>44</sup> Balz y Schneider (eds.), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento II*, 52-53.

<sup>45</sup> Haag, De Ausejo y Van den Born, *Diccionario de la Biblia*, 2025.

<sup>46</sup> *Ibíd.*, 2027.

<sup>47</sup> Balz y Schneider (eds.), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento II*, 1511.

<sup>48</sup> *Ibíd.*, 51-52

<sup>49</sup> Aldazábal, “Pedagogía del vestido”, 36.

<sup>50</sup> *Ibíd.*, 40-41.

<sup>51</sup> *Ibíd.*, 38.

<sup>52</sup> *Ibíd.*, 41.

<sup>53</sup> Ver también Ap 5,10; 20,6.

<sup>54</sup> Ap 19,8 (*Santa Biblia. Reina-Valera contemporánea*).

<sup>55</sup> Aldazábal, “Pedagogía del vestido”, 42.

<sup>56</sup> “Y vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús. Y me asombré grandemente al verla” (Ap 17,6). Los idólatras hacen fiesta a costa de los mártires.

<sup>57</sup> Rossano, Ravasi y Girlanda (dirs.), *Nuevo diccionario de teología bíblica*, 296-313. Por la extensión de este artículo, no nos es posible incluir la explicación del banquete, pero remitimos a esta fuente de completa ilustración sobre el banquete escatológico.

<sup>58</sup> Haag, De Ausejo y Van den Born, *Diccionario de la Biblia*, 1104-1105.

<sup>59</sup> Cántico de Moisés (Ap 15,3).

## BIBLIOGRAFÍA

Aldazábal, J. “Pedagogía del vestido”. En *Ora-ción de las horas 14* (1983): 36-43.

Balz, Horts, y Gerhard Schneider (eds.). *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, Vol. II. Salamanca: Sígueme, 1998.

Bauer, Johannes Baptist. *Diccionario de teología bíblica*. Barcelona: Herder, 1967.

Botterweck, G. Johannes y Helmer Ringgren. *Diccionario teológico del Antiguo Testamento*. Madrid: Cristiandad, 1978.

Contreras Molina, Francisco. *La nueva Jerusalén: esperanza de la Iglesia: Ap 21,1-22,5*. Salamanca: Sígueme, 1998.

Escuela Bíblica y Arqueológica de Jerusalén. *Biblia de Jerusalén: nueva edición revisada y*

- umentada*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1990.
- Gaitán Briceño, Tarcisio y Catherine Jaillier Castriellón. “Apocalipsis: fe y resistencia”. En *Cuestiones teológicas* 95 (2014): 97-131.
- Galeano, Adolfo. *Visión cristiana de la historia: ensayo de escatología*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana-San Pablo, 2010.
- Granado Bellido, Carmelo. “Simbolismo del vestido: interpretación patrística de Gen 49,11”. *Estudios Eclesiásticos* 59 (1984): 313-357.
- Haag, Herbert, Serafín de Ausejo y Adrianus van den Born. *Diccionario de la Biblia*. Barcelona: Herder, 1963.
- Hahn, Scott. *La cena del Cordero: la misa, el cielo en la tierra*. Madrid: Rialp, 2011.
- Pikaza, Xabier. “Apocalíptica judía y cristiana. Prehistoria y símbolos básicos del Apocalipsis”. En *En torno al Apocalipsis*, coordinado Blanca Acinas Lope, 3-112. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.
- Reina, Casiodoro y Cipriano de Valera. *Santa Biblia. Reina-Valera contemporánea*. Bogotá: Sociedades Bíblicas Unidas, 2001.
- Rossano, Piero, Gianfranco Ravasi y Antonio Girlanda (dirs.). *Nuevo diccionario de teología bíblica*. Madrid: Paulinas, 1990.
- Real Academia Española. “Testimonio”. *Diccionario de la lengua española*, <http://dle.rae.es/> (consultado el 27 de octubre del 2014).
- Sanz, Rafael. “Criterios de autenticidad histórica”. *Escritura Sagrada* (mayo de 2007) <http://rsanzcarrera2.wordpress.com/2007/05/30/criterios-de-autenticidad-historica/> (consultado el 27 de octubre del 2014).
- Spadafora, Francesco. *Diccionario bíblico*. Barcelona: Litúrgica Española, 1959.